

V.

RELIGIOSAS CELEBRES.

Pasando al convento, hoy convertido en casa de vecindad con ventaja de los pobres, empezaremos por decir que, atendida su amplitud, justifica la pintura hiperbólica que de él hizo Balbuena en el terceto siguiente:

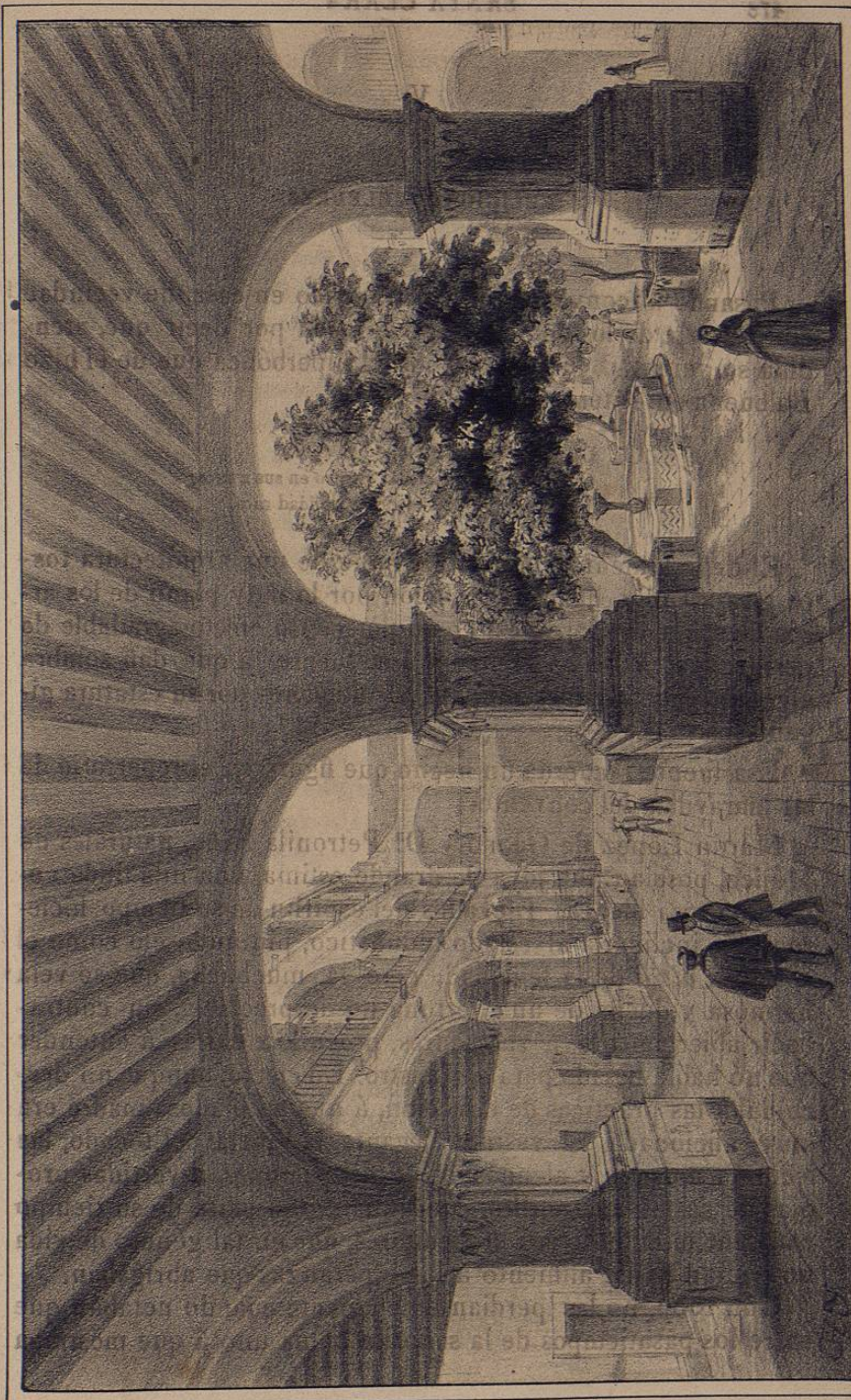
La gran clausura de la virgen Clara,
Que encierra una ciudad dentro en sus muros,
Y un cielo en su virtud y humildad rara.

El departamento principal, aunque de una arquitectura tosca y caprichosa, llama la atención por lo muy plano de los arcos de sus corredores, así como por cierto efecto agradable de perspectiva. Véase en el medio una fuente, á que dan sombra algunas higueras, muy antiguas, si juzgamos por su estatura gigantesca.

Esa fuente recuerda un hecho que figura en el repertorio de las maravillas del convento.

Martin López de Gãona y D^a Petronilã Niño, naturales de Méjico, poseían una joya de grande estima, una hija linda como una rosa blanca. Llevados del espíritu de su tiempo, hicieron por inclinarla al estado monástico, pintándose como el *non plus ultra* de la felicidad; pero la muchacha, que se veía hermosa y dueña de una fortuna no despreciable, sin contradecir abiertamente á sus padres, procuraba darles á entender que no habia nacido para el claustro. En efecto, aunque no descuidaba las prácticas de devoción, á que su piadosa madre era muy aficionada, el vestido elegante, la gracia del tocado, las lecturas amenas y algunas otras ocupaciones divertidas propias de sus quince abriles, consumían gran parte de su tiempo con sentimiento de sus progenitores, que en tal género de vida no podían hallar alimento á las esperanzas que abrigaban.

Con todo, no las perdían enteramente cuando notaban que entre los pasatiempos de la señorita habia uno á que mostraba



PATIO PRINCIPAL EN EL CONVENTO DE S^{ta} CLARA

regular predileccion y era visitar los monasterios de religiosas...
entre las cuales contaba no pocas amigas.
—Ah, si al menos quisieras entrar de niña en alguna clau-
sura! le dijo una vez D^a Petronila suspirando.
—Jóven soy todavía, señora, y tiempo habrá para pensarlo
con madurez. No será milagro que un día de estos os vaya sa-
liendo con que me meto monja; que para entrar de niña, mejor
me estoy en casa, á vuestro lado, donde tengo todo lo que mas
puedo apetecer en esta vida, comodidades, buena crianza, ejem-
plos de virtud; y, lo que yo mas estimo, amor, cariño, el cariño
de mis padres á que otro ninguno puede compararse. No pen-
semos por hoy mas en esto, y vamos, si lo teneis á bien, á vi-
sitar el convento de las madres claras, ya que nos han conce-
dido permiso.
Con semejante respuesta, la buena señora, que en aquel ins-
tante no las tenia todas consigo, sonriendo placentera, cedió á
la indicacion de su hija y se dirigieron al convento de Santa
Clara. Llegan á la portería; pasan al claustro, y mientras la
señora se entretiene con las monjas graves platicando sobre la
depravacion de costumbres de la juventud, haciendo la apología
de los antiguos tiempos y sosteniendo que el mundo progresa
solo en malicia y no en nada bueno, la niña se divierte va-
gareando por los corredores y observando los cuadros colgados
á la pared, que representan vidas de santos, é imágenes risibles
de los suplicios que en el infierno esperan á los réprobos.
En esto andaba, cuando de repente con la volubilidad de una
mariposa se encamina al centro del patio principal: ¿qué le ha
llamado la atencion? ¿qué ha picado su curiosidad de niña? La
fuente; la fuente, en cuyas aguas limpias como la inocencia y
transparentes como un pecho franco, se retrata el cielo azul y
la blanca nube que pasea, por la estension tranquila con la
magestad de una reina. Quiere gozar de este espectáculo;
quiere oir cerca de sí el ruido sabroso que forma el ligero chor-
ro al caer sobre el agua represa desatándose en hilos de perlas
y en traviesas armonías; quiere escuchar la voz del agua; pero
quiere también contemplar su hermosura en el líquido cristal.
Acércase, da una mirada en torno de sí por asegurarse de que
no la ven, y en seguida. . . . Pero ¿qué le ha sucedido! ¿por
qué, pálida y reflexiva, permanece inmóvil como una estatua
como el genio de la meditacion!

singular predileccion, y era visitar los monasterios de religiosas,
entre las cuales contaba no pocas amigas.
—Ah, si al menos quisieras entrar de niña en alguna clau-
sura! le dijo una vez D^a Petronila suspirando.
—Jóven soy todavía, señora, y tiempo habrá para pensarlo
con madurez. No será milagro que un día de estos os vaya sa-
liendo con que me meto monja; que para entrar de niña, mejor
me estoy en casa, á vuestro lado, donde tengo todo lo que mas
puedo apetecer en esta vida, comodidades, buena crianza, ejem-
plos de virtud; y, lo que yo mas estimo, amor, cariño, el cariño
de mis padres á que otro ninguno puede compararse. No pen-
semos por hoy mas en esto, y vamos, si lo teneis á bien, á vi-
sitar el convento de las madres claras, ya que nos han conce-
dido permiso.
Con semejante respuesta, la buena señora, que en aquel ins-
tante no las tenia todas consigo, sonriendo placentera, cedió á
la indicacion de su hija y se dirigieron al convento de Santa
Clara. Llegan á la portería; pasan al claustro, y mientras la
señora se entretiene con las monjas graves platicando sobre la
depravacion de costumbres de la juventud, haciendo la apología
de los antiguos tiempos y sosteniendo que el mundo progresa
solo en malicia y no en nada bueno, la niña se divierte va-
gareando por los corredores y observando los cuadros colgados
á la pared, que representan vidas de santos, é imágenes risibles
de los suplicios que en el infierno esperan á los réprobos.
En esto andaba, cuando de repente con la volubilidad de una
mariposa se encamina al centro del patio principal: ¿qué le ha
llamado la atencion? ¿qué ha picado su curiosidad de niña? La
fuente; la fuente, en cuyas aguas limpias como la inocencia y
transparentes como un pecho franco, se retrata el cielo azul y
la blanca nube que pasea, por la estension tranquila con la
magestad de una reina. Quiere gozar de este espectáculo;
quiere oir cerca de sí el ruido sabroso que forma el ligero chor-
ro al caer sobre el agua represa desatándose en hilos de perlas
y en traviesas armonías; quiere escuchar la voz del agua; pero
quiere también contemplar su hermosura en el líquido cristal.
Acércase, da una mirada en torno de sí por asegurarse de que
no la ven, y en seguida. . . . Pero ¿qué le ha sucedido! ¿por
qué, pálida y reflexiva, permanece inmóvil como una estatua
como el genio de la meditacion!

Al inclinarse sobre la fuente, vió su imágen, sí, pero no como la esperaba. . . . ¿Estaré soñando? se decia con asombro. Vuelve á inclinarse, y retrocede espantada: ella era, la misma, la misma belleza, los mismos atractivos; pero se ve en hábito de religiosa. . . . ¿Podia resistir á un aviso semejante?

En este hecho ve la indicacion del camino por donde la llama el cielo. Dias despues entraba al noviciado, y pasado un año la tenemos de religiosa profesa bajo el nombre de Sor Isabel de San Diego.

La alegría de los padres se deja á la consideracion del piadoso lector.

Véamos ahora el reverso de la medalla.

La madre María Isabel de Jesus quiso desde sus primeros años ser monja; pero se lo estorbaron siempre sus padres, inspirándole por cuantos medios estaban á su alcance afición al matrimonio, como el estado mas conforme á su calidad y fortuna. Logró conocerla un jóven, y prendado de su mucha hermosura y demas cualidades que la recomendaban, la pidió para casarse. Como él por su parte llenaba para marido de la niña las condiciones apetecidas por los padres, se vió en breve dueño del tesoro que ambicionaba.

Era la primera noche que iba á pasar en compañía de su mujer; el amor abrasaba su corazon con la idea de una dicha embriagadora, y cuando terminado el baile y los festejos correspondientes, se quedó á solas un momento en su recámara, oye una voz misteriosa que le hace estremecer. . . .

Nadie supo lo que espresó esa voz imponente; pero lo cierto es que el mancebo se presentó al dia siguiente en el arzobispado solicitando una entrevista con el provisor, de la cual resultó la separacion de los consortes, entrando la jóven al convento de Santa Clara para vestir el hábito de religiosa, como habia anhelado toda su vida.

Ademas de estas dos monjas, hubo en el monasterio otras muchas que vivieron y murieron en olor de santidad, llegando á diez y siete las que ocuparon la pluma de Vetancurt, en cuyo Menologio puede leerse la historia de todas y cada una.

Al presente las religiosas de Santa Clara se hallan en el convento de San Juan de la Penitencia, como consecuencia de la disposicion del gobierno por la que fueron trasladadas unas comunidades de religiosas á los edificios que otras habitan.

La regla que siguen estas monjas es la de Santa Clara, mitigada por las constituciones del papa Urbano IV, de donde les ha venido el nombre de urbanistas con que en otras partes son conocidas, dado que en la República se les llama vulgarmente *claras*. Con la misma advocacion que este monasterio hay otros dos, que tambien administraban los religiosos de la provincia del Santo Evangelio, uno en la ciudad de Puebla y otro en Atlixco ó villa de Carrion. En uno y otro han florecido religiosas notables por la elevacion de espíritu y la pureza y austeridad de costumbres.

Volviendo al convento de Méjico, nos parece oportuno añadir, por si el recuerdo tuviere algun agrado, que en el sitio de enfrente y hácia la esquina de la calle del Factor, estuvo situada la casa de Quauhtemótzin, último rey mejicano. He aquí por qué en los documentos correspondientes á los años que siguieron inmediatamente á la conquista, encontramos que esa calle era llamada, corrompido el vocablo, de Guatimuz ó Guatimoza.